

EL COLMENAR

La grandeza de Peñalver

Casi escondido, entre cuevas y calles estrechas. En ese rincón que se le quedó a trasmano a Camilo José Cela en su primer viaje a la Alcarria, aunque luego tuvo la oportunidad de disfrutarlo en su vejez. Con una población desperdigada por las principales ciudades de la geografía española. Peñalver siempre me ha parecido un pueblo entrañable y diferente.

Es un pueblo que se deja querer, desde un emotivo pregón en el balcón de su ayuntamiento. Un pueblo que se ha sacudido la nostalgia, que no vive ensimismado en el recuerdo de curtidos meleros de antaño, sino que busca en ese pasado el principal motivo para mantenerse en pie.

Peñalver tiene algo que lo hace distinto. Muchos de sus hijos – como ocurre en tantos otros pueblos – viven en Sevilla, Barcelona, San Sebastián, Guadalajara o Madrid, pero se sienten herederos de una cultura trashumante. Son hijos de productores, comerciantes y distribuidores de miel que aprovechan un puente, unos días de vacaciones, para volver al escenario de su infancia. Para echar una partida de cartas junto al frontón de la Plaza Mayor o para disfrutar de las fiestas patronales en honor de la Virgen de la Salceda.

Por supuesto que hay muchos pueblos de Guadalajara que practican el sano ejercicio de respetar las tradiciones de sus antepasados y que recuperan la vitalidad de sus raíces, aunque sea de forma esporádica..., y casi siempre en verano. Sin embargo, Peñalver tiene un mérito especial que me gustaría subrayar: el de haber sabido difundir fuera de sus límites geográficos la historia de sus antepasados. De sus meleros. Como lo hicieron ellos hasta el último tercio del siglo pasado, pero sin miel en las alforjas, gritando a los cuatros vientos que Peñalver existe, y que es una referencia obligada cuando se alude a uno de los productos más conocidos y valorados de Guadalajara.

Vender la miel, como vender la belleza y el encanto de muchos pueblos y rincones de Guadalajara, requiere imaginación y esfuerzo, pero merece la pena intentarlo. Peñalver puso en marcha hace más de veinte años – Teodoro, su alcalde de entonces, fue el padre de la criatura – un premio singular, con el curioso nombre de “Su Peso en Miel”. Lo recibió en la primera edición Camilo José Cela y después lo han recibido otras personas destacadas. Desde escritores de la talla de Mario Vargas Llosa o José Luis Sampedro, hasta escultores con talla internacional, como Agustín Ibarrola. Desde toreros como Jesulín de Ubrique, hasta gentes del espectáculo como Norma Duval. El palmarés es de lo más variado, pero siempre con un objetivo muy claro: promocionar la miel y dar a conocer este bello pueblo alcarreño.

El pasado 19 de diciembre fui testigo – como lo he sido en ediciones anteriores con otros galardonados – de la entrega del premio “Su Peso en Miel” a Vicente del Bosque. Allí estaba Javier Lizón, con el entusiasmo que le caracteriza, en representación de la Junta Directiva de la Casa de Guadalajara. Allí estaban los productores de miel, representados por la Asociación de Apicultores y el Consejo Regulador.... Allí estaban centenares de paisanos que celebraron el acierto del jurado y de José Angel Parra, actual alcalde de Peñalver, a la hora de elegir al ganador del año 2009.

Los 112 kilos de miel que le correspondieron a Vicente del Bosque son el mejor regalo que podía ofrecerle Guadalajara al entrenador de la selección favorita para ganar el Mundial de Fútbol. La miel de Peñalver – como prometió el buenazo de Vicente – viajará a Sudáfrica.

Y puede que hasta algún descendiente de melero esté allí para contarlo.

JAVIER DEL CASTILLO